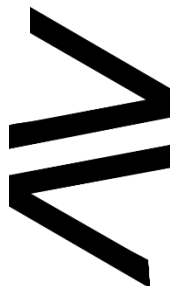


VI

archivo
entre >
guerras



Desaparecida en combate

De Ángel Hernández.





© **Archivo Entreguerras** es un proyecto de investigación documental relacionado a contextos de violencia en México y el mundo.

Toda la obra contenida es autoría de Ángel Hernández y se encuentra protegida por las leyes de derecho de autor correspondientes.

Cualquier uso del contenido de este texto ya sea total o parcial debe ser notificado por escrito al siguiente correo: archivo.entreguerras@gmail.com



*Askatuko zaituen
zai bazaude,
zaude lasai,
zaude ziur,
askatuko zaituela,
kateak itsusiak baitira
hilotzaren gorputzean*

J. A. Arze / M. Laboa

1. El campamento/ Las personas

Las personas que han llegado al campamento no tienen consideración del bosque.

Toman lo que necesitan y, luego, lo abandonan.

Tampoco tienen demasiada idea de quién soy y cómo he llegado hasta acá; cuál es mi origen y mi punto de encuentro con otras pulsaciones sensibles que habitan aquí. En todo caso, ellos, al igual que yo, somos una incidencia frágil del pasado perdido en los bosques de Euskal Herria.

2. Inmóvil

De un momento a otro, me he quedado inmóvil como una piedra separada de la fiesta.

Me he quedado inmóvil, sin decir una palabra, obedeciendo la inercia y la suspensión.

Obedeciendo el ritual del ocio.

Mi posición no es favorecida por ninguna imagen sensible.



No hay excepción. No hay metáfora.

Existe un estado de angustia sólido y un punto de fuga
hacia la profundidad del bosque.

(Al decir “profundidad del bosque”, he recordado a Gabriel, mi hermano.)

3. Gabriel

Gabriel (pintado en este árbol),

luego de un tiempo, quedó solo.

No quiso conformarse/ no quiso acompañarnos
a ninguna de nosotras (a mi madre ni a mí).

Por el contrario, nos pidió que no dijéramos nada sobre él:

que lo conocimos, que algún día nos vimos, que era familiar nuestro.

Que guardáramos ese secreto, porque en su expediente
de búsqueda figuraba la palabra: *Terrorista*.



4. El empeño de lo cotidiano

He caminado durante mucho tiempo por caminos que no pensé que existían.

Estoy exhausta. Me detengo, tomo un respiro.

Reviso que todo esté en su lugar. Siento.

Hay algo más.

Algo que me ha seguido hasta aquí.

Algo dentro de mí.

Con algo de suerte, he podido llegar hasta una casa pequeña en la parte superior de la segunda colina.

Podré pasar aquí la noche.

(No es un consuelo es una provocación.)

Podré ocultarme un tiempo dentro de esta casa, hasta que la pueda considerar mi propio hogar.

Podré ser la casa, hasta necesitar de mí.

Han pasado tres noches y, ahora, es que



sucedan brotes de ternura como este:
la carta de una mujer terrorista a sus hijos
bajo el escampado.

5. Espacios que conocí de niña

Comencé el día pensando en los espacios
que conocí de niña:

El sótano de la casa de mi padre: un abismo de libros, anaqueles, archiveros.

Material inflamable, que terminó incendiado a su partida.

La cama en mi habitación de la casa de Labort: donde tuve una evolución
asombrosa, reponiéndome de la neumonía en tres días por leer a Rilke.

El pabellón de los trofeos de mi abuelo: lleno de medallas, certificados, diplomas y
fotografías donde aparece él con otros anarquistas y todos parecen jóvenes. Y
todos parecen incrédulos de mirar.

Todo transcurrió lento, en secreto y de la mano de mi hermano.
(Que no sabía, en esos años, sobre las leyendas de la explosión.)



Todo transcurrió como una sombra atravesando una puerta en el lago.

Todo transcurrió, sin saberlo, sobre una balsa junto a Mariana,
frente a la antigua estación de San Sebastián, donde nos llevarían luego.

Cuando escapamos corriendo hacia los jardines cercanos,
nos quedamos mudas.

La presencia de un fauno nos sorprendió en el embarcadero.

Llevaba una corona de flores y la puso en nuestras manos.

Estaba bien vestido. Se acercó y me dijo: “He sido bueno contigo”.

¿Era por eso que sobreviví a la neumonía?

¿Era por eso que encontramos el cuerpo de mi abuelo?

¿Era por eso que logré leer entre las cenizas?

6. Sonoridades (queda en su lugar una transparencia)

Queda en su lugar una transparencia:

Son los años ochenta/ los comienzos de ETA

y del amor de mis padres por los bosques de Euskadi.



(Ellos, al final, tuvieron que desistir y escapar de las miradas públicas, como mi hermano, a vivir un cautiverio entre chozas improvisadas de la región de Mont Blanc.)

Pienso en ellos, y escucho a mi abuela

(y a mí misma) diciendo:

“Ya volverán”.

Pero no volvieron, y al paso del tiempo no me queda

sino calcular la dimensión de su ausencia

y lo que eso ha provocado en mí.

Entonces, lo encuentro:

Hay una sonoridad en el vacío que se asemeja a un silbido agudo, como el que produce el viento. Yo soy ese viento. Ellos son ese vacío.

7. Mi mirada apolítica

Mi mirada apolítica, trasciende los muros.

(A todos los personajes de la historia vivos, muertos



y supervivientes les pongo nombres científicos de plantas.)

Buenaventura Durruti: *Euphorbia*.

Juan García Oliver: *Bplanum*.

Ricardo Sanz: *Spathulatum*.

Gregorio Jover: *Pelecyphora aselliformis*.

Tengo un invernadero clandestino en casa.

Por otro lado, a todos sorprende que, siendo vasca,
no me guste hablar de ETA.

Es un fluir constante de consignas expulsadas
por el odio,
que no quiero comprender.

Mi familia desapareció. Eso es todo.

Salió un día de casa para habitar otra.

(Que no habla de ellos ni de su amor por los bienes de la nación.)

Eso es todo.

¿Cuáles son las fronteras del confinamiento para personas que viven en un
confinamiento permanente como prófugos de una justicia inexistente?



Pienso que es importante salir a caminar por el bosque, enterarse de que el Sol sigue ahí.

8. El granito se rebela en relación con la flora

Al final, el granito se rebela en relación con la flora.

Dicho de otro modo: el muro se ha llenado de flores.

(Hay algunas que incluso comienzan a buscar camino entre las grietas y lo desprenden.)

He conseguido que un jardinero joven me ayude con todo esto.

Esa fuerza de la intención humana es fascinante/ me hace pensar en otras formas de relación con lo imposible. Por ejemplo:

Desaparecer como mis padres y mi hermano.

(Algo que soñé desde niña.)



9. Troncos de los árboles que encontré esa mañana en Oma

Al final, he sabido que Gabriel, mi hermano, se comunica con el muro a partir de expresiones sencillas, como abrir la boca por demasiado tiempo o volver a su intención de reorientar el curso del viento para que impacte en los tallos.

También ha dejado mensajes en los troncos de los árboles que encontré esta mañana en Oma.

Es como si guiara con estas señales mi camino, es como si cumpliera una doble función con eso:

Guiar y representar la ausencia de los que no han vuelto.

10. Yo no permanezco

Soy indefensa a todo esto.

Soy indefensa al modo en cómo algunos conciben su forma de permanencia.



Yo no permanezco.

Soy una lección accidentada de cordura.

Soy una vasca. Estoy recordando a mi familia y estoy ebria.

Estoy perdida en la fascinación erotizante del bosque.

Y me desnudo y salgo,

y me convierto en siervo,

y un hombre me sigue de aquí a donde tendré que ir.

11. ¿A qué vine?

En Euskadi, hay territorios que nunca han conocido presencia humana.

He intentado acercarme a algunos árboles para ser interrogada por ellos.

¿A qué vine?

¿Cuáles son las consecuencias de querer desaparecer en este combate de la identidad, la ausencia, la creación de un estado independiente?

¿Cuánto hay de comunismo en el bosque?

Y, entre tanto, mi amor se ha venido animalizando.



He subido a un árbol y he sentido que soy el árbol.

No se sabe con exactitud cómo reaccionará,
pero he escrito una carta a Mariana, contándole
lo sucedido.

12. Mariana

Mariana:

Decidí salir al bosque, sobre todo, con la idea de sentirme más cerca a situaciones de la vida común: caminar, detenerse, saltar un poco. Como si todo volviera a comenzar, pero no es así, las cosas no suceden como antes (como cuando éramos niñas, por ejemplo). Entonces, regresamos al mismo listado de dudas, acuerdos, etc. Manera de interpretar la realidad que nos dejan preguntas frecuentes como ¿es esta? ¿Es esta realidad? Y, en todo ello, la experiencia de hoy, que es la que te cuento. Vuelvo a la inocencia de la infancia. He subido al tronco vencido de un árbol y he buscado en él un orgasmo.

13. ¿A qué libertad?

Mamá, Mariana y yo. Esta foto (sacada, en realidad, de una película que nos tomaron caminando por San Sebastián, alrededor de 1984) me recuerda que nunca supimos (y nunca nos interesó saber, en realidad) qué era lo que hacía ella y mi padre, a dónde tendríamos que mudarnos, en qué momento tendríamos que volver a desaparecer del mundo frente a los demás. (Un ejercicio que de tanto repetirse te hace dudar de tu verdadera presencia en las fotos.)

Anexo este diálogo que acabo de tener con un hombre mayor en un café de Bilbao, ya pasada la tarde. Evidentemente, el tema es ETA:

—¿Se justifican las muertes?

—No. Pero se asumen como un camino de libertad.

—¿A qué libertad?

—A otra que no es esta.

14. Una fuerza

Caminé hasta perderme en la profundidad del bosque.

(Los caminos no están trazados,



pero hay ojos en ellos que te ayudan a mirar.)

Dentro de algunas horas, llegué a la desembocadura de un río,
me acerqué a la orilla y comencé a beber de su caudal
hasta quedar vencida.

Una fuerza (no sé si sea adecuado llamarla así)
me arrebató la visión y, ciega por un momento,
comencé a detallar las posturas de un siervo salvaje
que se manifestaba entre espejismos dentro de mí.

Así, durante un tiempo, los movimientos se repetían
hasta dejarme inmóvil, temblando de frío
y retomando la orientación de la vereda silvestre
hacia la parte superior de la montaña.

15. Las variantes del territorio

Estoy sobre el tronco de un árbol y
siento que necesito respirar dentro de él,
que la propiedad que lo compone es líquida,



que necesito su piel.

Este cuerpo

(mapa de una geografía inexistente; ni anexa ni flotante)

puede comparecer frente a la corteza de los pinos y salir ileso.

Es parte (o eso he sentido sin consumir sustancias)

de la naturaleza misma/ inequívoca del bosque.

¿A que me refiero?

A que toma la forma que es necesario tomar:

—Se diversifica.

—Se identifica con la propiedad.

—Se contiene y se expulsa entre las variantes del territorio.

16. Mi hermano (conspiraciones de la cotidianidad)

Mi hermano abrió una brecha dentro de este bosque.

El reconocimiento de sus palabras es un pequeño paso

para verlo de frente y lo veo de cuerpo entero,

desnudo, sosteniendo una fruta.



Así, como de niños jugábamos en el bosque,
de grandes jugamos entre otras tempestades.

Mi hermano, el hacedor, el gran excavador,
el que acaricia en sueños la pólvora.

Su camisa estaba siempre limpia, a pesar de llevar días
trabajando en la montaña, bosque adentro,
en las últimas estancias de la biosfera de Urdaibai
o entre las galerías más lejanas de la cueva de Santi-Lamiñe,

Mi brazo,
mi mano,
mis pies,
mis ojos,
mis dos piernas,
mi padre.

Todo me recuerda a él.

Y, bueno, la realidad es que, dentro de casa,
esto no existe más



y, en su lugar, hay una mancha blanca
borrada del paisaje.

Se mueve como una
no-presencia activa que hace uso del jardín
a cambio de las veredas del bosque.

Que agota el glosario de su lenguaje en tres términos:

No hacer nada.

No existir.

Ser invisible a los demás.

En otras palabras:

ser una presencia invisible en casa.

En el empeño de lo cotidiano,
en el propósito de lo habitual,
en un agotamiento del impulso,
en un cosmos abandonado por lo divino,
en una prisión que se vuelve hogar
y se vuelve cuartel de otras conspiraciones
de la cotidianidad.

